

De la autora de la bilogía
En tus brazos y huir de todo mal

FABIANA PERALTA



HUELES
A PELIGRO

Vol. II

zafiro

Índice

Portada
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Revelaciones
Confesiones
Duda razonable
El regalo
No es un sueño
Pro se
Absolución
Dolo eventual
Sobreseimiento
Comparecencia
Consanguíneo
Inimputable
Nolo contendere
Decisiones

Agravantes
Affectus maritalis
Autor material del delito
Motu proprio
Evaluación de daños y necesidades
Alegato final
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

No matter quod length semita, si in finem inveniet tua verum locus.

No importa la longitud del camino, si encuentras tu verdadero lugar al final.

FABIANA PERALTA

1

Adriel palideció de pronto y el color de su piel se asemejó al de la muerte; su pecho quemaba, puesto que había olvidado continuar respirando; no lograba enfocar la visión, y sus oídos zumbaban. Sentía como si estuviera mirándose por dentro, hasta que de golpe todo se tornó negro y empezó a sentir que caía dentro de un embudo.

Realmente habría que haber estado muerta para no reaccionar ante su presencia.

La bandeja repiqueteó en el suelo y las tapas se desparramaron por doquier; todo había caído de la mano de Adriel, al tiempo que ella rebotaba, con su cuerpo laxo, contra el pavimento. Damien, que estaba tan atónito como ella, reaccionó de inmediato: pegó un salto por encima de la mesa baja que osaba interponerse en su camino, y se posicionó a su lado. Metió las manos bajo la nuca y por debajo de las corvas y la levantó sin esfuerzo, depositándola con sumo cuidado sobre uno de los sillones.

—Agnes, date prisa, trae mi maletín, que ha quedado en el coche de Christopher —indicó con apremio su madre.

—Yo voy —se ofreció Christopher y salió a la carrera.

—Adriel, tesoro, hija... Esta chica no se está alimentando bien, la he notado muy delgada cuando he llegado —acotó mientras le tomaba las pulsaciones.

—Pues ojalá que, ahora que usted está aquí, la haga comer, porque realmente lo hace como un pajarito —expresó Agnes muy asustada.

Damien estaba desesperado; no la perdía de vista. Había tenido que hacerse a un lado cuando lo único que an-

siaba era sostener su mano. Maisha se dio cuenta de su desesperanza y, apiadándose de él, se acercó y lo cogió por la cintura; le enterró los dedos en la carne para hacerle saber que ella estaba junto a él, y éste le besó el pelo. Buscó también la mirada de su abuelo, quien le devolvió una bajada de cabeza mientras se sentaba, agobiado; sus piernas ya no lo sostenían más.

Hilarie se colocó el estetoscopio para auscultarla y puso las piernas de Adriel en alto; todo indicaba que era una repentina bajada de la presión sanguínea, una lipotimia. La joven, poco a poco, comenzó a recobrar el sentido, aunque todo a su alrededor continuaba dando vueltas.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, mamá; lo siento, creo que me ha bajado la tensión arterial —contestó con un hilo de voz, mientras se masajeara la frente y se conectaba nuevamente con la realidad.

—Estoy segura de que no te estás alimentando bien.

—Mamá, por favor.

—Betsy, tráele agua con azúcar.

Damien se pasaba la mano por el pelo y por la nuca mientras respiraba agobiado; se sentía angustiado, impotente, y durante un instante creyó que estaba desvariando, pues la situación parecía dantesca.

En su tarea por apaciguarlo, Maisha le acariciaba la espalda, hasta que se dio cuenta de que él tenía la camisa manchada.

—¡Está lastimada! —anunció a bocajarro—. Damien, hijo, tienes sangre en tu camisa —le hizo ver.

Importándole muy poco lo que los demás pensarán, Lake se abalanzó sobre ella y la incorporó para ver de dónde le manaba. Al levantarla, comprobó que su dorado pelo estaba empapado y teñido de rojo en la parte trasera de la cabeza.

—¡Está sangrando por la parte posterior del cráneo! —manifestó asustado y, de pronto, comenzó a temblar de forma incontrolable. No quería caer en un ataque de pánico, pero ver sangre siempre obraba de esa forma en él; el te-

ror se apoderaba de toda su fortaleza y no había forma de aquietarlo.

—Tranquilízate, Damien —le dijo su padre, mirándolo con firmeza a los ojos—. Vamos, respira, hijo; haz tus ejercicios respiratorios, detén tus pensamientos negativos y salgamos fuera, a ver si te calmas.

—No, no quiero irme —alcanzó a decir, obstinado, mientras sentía cómo su cuerpo se empezaba a empapar en sudor; incluso se le estaba mojando la ropa. Finalmente, al ver que ya le resultaba casi imposible controlarse, se levantó apartándose de Adriel, puesto que no quería comenzar a gritar incoherencias. Conocía de sobra esos episodios que lo asaltaban, así que apretó los puños y los dientes a la vez que intentaba alejar las imágenes que siempre volvían a su mente, y que amenazaban con llevarse su cordura.

Hilarie estaba inclinada sobre su hija, atendiendo el corte que se había hecho al caer; lo tenía a la altura del hueso occipital.

—No es nada, estoy bien —manifestó Adriel al ver que Damien no estaba muy bien. Como médica, supo reconocer los síntomas de inmediato, y advirtió que estaba sufriendo un ataque de pánico; tenía dilatadas las pupilas, y su frecuencia cardíaca y respiratoria estaban aceleradas.

—Sí, no es nada; se trata de un corte pequeño y superficial en el cuero cabelludo, pero tendré que suturarlo —aseveró su madre—. Agnes, indícale a Damien dónde está su habitación, por favor, y subidle sus pertenencias para que pueda cambiarse.

—Sí. Vamos, hijo, yo te acompaño —se ofreció Christopher.

Él no se opuso, sabía que estaba a punto de perder el control.

Hilarie continuó atendiéndola y, después de coser la herida, le hizo una evaluación neurológica para asegurarse de que el golpe no traería consecuencias y poder quedarse tranquila.

—Mamá, estoy bien, no exageres. Estoy ubicada; tan sólo me duele lo normal por el trastazo, pero estoy en bue-

na forma.

—Dios mío, Adriel, qué susto nos has dado.

—Lo siento, he arruinado tu día.

—¿Cómo dices eso? Lo importante es que estás bien. Betsy, por favor, trae hielo para que se lo coloque en la hinchazón.

—En seguida, señora.

—Quiero cambiarme; me siento mojada y el pelo está hecho un pegote por la sangre.

—Yo te acompaño —le indicó su madre.

Christopher había regresado y estaba sentado en el salón, junto a sus padres.

—¡Qué susto! Qué golpe se ha dado esa chica... y a mí, que soy una bocazas, cómo se me ocurre decirle de esa manera a Damien que está manchado con sangre.

—No te culpes, mamá; ha sido la reacción inmediata que hubiera tenido cualquiera.

—¿Está más tranquilo?

—Sí, despreocúpate; lo dejé dándose una ducha, se ha podido controlar.

Abott permanecía en silencio y calculando las implicaciones de ese encuentro; durante el tiempo que se habían quedado solos, habían establecido con su esposa que no revelarían nada, pues esperarían a que Damien y Adriel die- ran a conocer la situación.

Al cabo de algunos minutos, se reencontraron todos en la sala.

—Adriel —Lake carraspeó para ocultar su emoción—, ¿te encuentras bien? —Y en tanto los latidos de su corazón se desbocaron cuando se acercó a saludarla, sus fosas nasales se llenaron de su perfume floral y se encontró, de repente, aspirando como un maniático.

—Sí, gracias. Encantada; lamento todo este numerito —expresó, abriendo una brecha entre ambos. Adriel proyectó una sonrisa algo tímida y aguantó su mirada con coraje cuando él se incorporó con los ojos fijos en ella; un silencio dominó el momento, y Damien sonrió con amargura al pensar lo paradójica que a veces podía resultar la vida.

Experimentó un golpe en el pecho cuando comprendió su rechazo, cuando se percató de que Adriel había decidido fingir que ellos no se conocían.

Ella advirtió, por la forma en que él la miraba, que un huracán de rabia se gestaba en su interior y los recuerdos cayeron como un vórtice de sentimientos equívocos sobre ella.

Su figura apuesta, resaltada por la evidente elegancia, y el magnífico corte de su ropa la obnubilaron como la primera vez que lo vio; sin embargo, en un recóndito lugar de su mente, tan recóndito que apenas si se enteró, sintió que no podía ceder a esa indomable atracción.

—Adriel, te presento a mis padres —le manifestó Christopher, ajeno a las mentiras que allí estaban gestándose—. Mi madre, Maisha, y mi padre, Abbott.

—Es un placer verlos —contestó sin fuerzas para negarlos, pero sin revelar que los conocía—. Espero que se sientan muy cómodos aquí; les he hecho preparar las habitaciones de la casa de huéspedes para que no tengan que estar subiendo las escaleras —los informó mientras se acercaba a saludarlos, y ambos ancianos contribuyeron a la representación decretada por Adriel.

Maisha le acarició la mejilla y la miró con aflicción, también con complicidad, mientras la saludaba con grandes halagos, resaltando su belleza. Abbott, por su parte, le apretó un brazo, infundiéndole con ese gesto la fuerza que ella había perdido al descubrir que Damien era el hijo de la pareja de su madre. Ambos abuelos comprendieron que esa mujer estaba muy dañada; su mirada, que antes irradiaba luz, estaba extinguida, oscurecida. Adriel no era la misma que cuando la conocieron y sabían que el culpable era su nieto.

—Gracias, tesoro, eres muy considerada —concluyó Maisha.

—Te lo agradezco; mi artrosis y las escaleras no se llevan bien —acotó él.

—Ha sido un placer prepararlo todo para recibirlos, y me alegro de haber tenido ese tino. Pero, ahora, comamos

de estas exquisiteces que nos ha preparado Sofía, no quiero volver a desmayarme. Mi madre tiene razón... hoy, con toda la emoción de su regreso, no he desayunado suficiente.

Adriel se acomodó junto a su madre y se obligó a comer; su mirada se centraba en cualquier lado menos en él. Damien, en cambio, no le quitaba el ojo de encima, hasta que no se aguantó más y le dijo:

—Por lo visto, has olvidado que nos conocemos.

Adriel levantó lentamente la vista y lo miró con una seriedad profunda que lo traspasó.

—¿Cómo? ¿Os conocéis? —preguntó Hilarie sin disimular su extrañeza.

—Tú me atendiste en el Presbyterian —dijo él, provocándola.

—Lo siento; como comprenderás, atiendo a tanta gente a diario que, si tuviera que recordar todos los rostros de los que pasan por la sala de Urgencias, tendría una mente muy privilegiada, sin duda.

—Llegué con Richard, el amigo de tu mejor amiga; me di un golpe en la cabeza jugando al fútbol americano —indicó, esbozando una sonrisa traviesa.

—Ah, ¿eras tú? Lo siento, Damien, no te he reconocido.

—Pero qué casualidad, no me lo puedo creer —acotó Christopher—. Casi me muero del susto con ese accidente, y encima no conseguía vuelo para regresar de España. Yo no te vi ese día, Adriel, pues te habría reconocido en seguida por la gran cantidad de fotografías que tu madre me ha mostrado de ti.

—Llegaste cuando el turno de Adriel había concluido, papá —explicó Damien.

—Qué pena, hija. Sin duda, de haber sabido que tú estabas con Damien, Topher habría estado mucho más tranquilo.

—Sin duda.

—Ahora creo recordar... un golpe muy fuerte, pero sin consecuencias —afirmó Adriel.

—Al parecer los dos tenemos la cabeza bastante dura —ella comprendió de inmediato el doble sentido de sus palabras—; el que te acabas de dar no ha sido nada leve, tampoco.

—Pero esto es realmente increíble —aseguró Maisha, esbozando una sonrisa nerviosa.

Hilarie los interrogó un poco más, pero Adriel se mostró desinteresada en el tema y, con astucia, cambio el rumbo de la conversación.

El almuerzo transcurrió en un ambiente tirante, pero Christopher y Hilarie no parecieron darse cuenta; estaban tan sumidos en su mundo que lo pasaron todo por alto.

Tras tomar café en la sala, Hilarie manifestó sentirse cansada.

—Creo que el síndrome de los husos horarios está comenzando a pesarme, me parece que haré una siesta.

—Te acompaño —se ofreció Christopher y desaparecieron de la estancia.

—Maisha, yo también quiero acostarme un rato —pronunció Abott.

—Te acompaño, querido; iré a descansar también y a leer un libro que me he traído.

—Les acompaño hasta la casa de huéspedes —se ofreció Adriel—, déjenme mostrarles el camino.

Lo que ella en verdad no quería era quedarse con Damien a solas; esperaba que, al volver, pudiera eludirlo regresando por la parte frontal de la casa. Tenía pensado, de esa forma, acceder a la escalera para escurrirse hacia su dormitorio.

—Gracias por guardar silencio; Christopher y mamá están tan felices que no me pareció bien estropearles el día.

—Lo comprendemos, pero las mentiras tienen las patas cortas y siempre se hacen paso, y a veces no de la mejor manera.

—Lo sé, Maisha.

—Qué pena que ya no me llames *babushka*.^[1]

Adriel cambió de tema, esquivando la acotación de Maisha.

—Abott, ¿cómo llevas tu artrosis? ¿Has vuelto a la consulta?

—Ando un poco mejor; creo que este nuevo tratamiento me está haciendo bastante bien, pero, ya ves, marchó pausado y cada vez estoy más viejo.

Adriel caminaba junto a ellos aferrada por los brazos de ambos; les dio un beso a cada uno en la mejilla, pues les había tomado mucho aprecio.

—Poco a poco, seguramente, irás viendo los resultados.

Abott entró en la casita y Maisha se quedó con ella en el pórtico.

—¿Qué ocurrió, Adriel? Parecía tan sólida vuestra relación.

—No quiero hablar de eso; sólo te diré que no quedamos en buenos términos. No quiero ponerme mal, te lo suplico.

—Eso quiere decir entonces, que aún no lo has olvidado.

—Eso quiere decir que estoy dolida, desencantada... y convencida de que tu nieto ha sido el mayor error de mi vida.

—¿Qué te hizo? ¿En serio no hay solución para lo que sucedió?

—Simplemente nos dimos cuenta de que lo nuestro no podía prosperar, que ambos estábamos perdiendo el tiempo.

Aunque se estaba desdiciendo de sus iniciales palabras, Adriel prefirió suavizar la situación; sabía cuánto amaba esa anciana a su nieto y ella no iba a ser tan cruel. Maisha era una gran mujer y no quería angustiarla; además, prefería callar, pues la relación entre su madre y Christopher de pronto lo cambiaba todo.

—Sé que me estás mintiendo. Sólo te diré algo: estoy convencida de que Damien te ama, lo sé; aunque no lo he parido, lo conozco como si yo fuera su madre. Si tú lo amas, lucha por él; te aseguro que, aunque ahora no lo entiendas, todo tiene una explicación.

La joven, en ese punto, sonrió con sorna.

—Maisha, no insultes mi inteligencia. Sé que no lo sabes, pero te diré que él se encargó de romper cada una de mis ilusiones —soltó sin poder sopesar la bronca—. No me hagas decir cosas que no quiero. Por mamá y Christopher haré el esfuerzo de soportarlo este fin de semana y sellaré mis labios, para no provocar una fisura en esta fusión de familias. Pero te aseguro que, lo que él hizo, mamá jamás lo aprobaría.

—¿Tan grave es lo que hizo?

—Creo que Damien no tiene corazón.

Maisha se tocó el pecho y contuvo la respiración.

—Al menos, conmigo no lo ha tenido.

—Te pido perdón en su nombre.

—Tú no tienes que pedirme perdón y, el de él, te aseguro que no me interesa, no quiero nada que venga de Damien. Y ahora, por favor, no quiero seguir hablando de esto; no insistas, porque no voy a decirte lo que ocurrió.

—¿Se trata de otra mujer?

A Adriel se le escapó una lágrima.

—Por mamá y por tu hijo, te pido no seguir con esto.

«¡Dios, cómo se ha complicado todo! Sé que mamá, por mí, dejaría de lado su felicidad; no debe enterarse de nada.»

La joven no creía que pudiese seguir teniendo fuerzas para no escupirle todo lo que Damien le había hecho, así que prefirió irse; se despidió con apremio y salió corriendo.

2

Hizo lo que había pensado: dio la vuelta y regresó por la entrada principal, pero, como zorro viejo no cae en la trampa, Damien adivinó sus intenciones y estaba esperándola al pie de la escalera. Al verlo, se detuvo en seco.

—¿Qué haces aquí?

Adriel quiso mostrarse ofuscada, pero lo cierto era que estaba temblando. Pensó que se veía muy atractivo, con esos vaqueros negros y esa camiseta gris que se le ajustaba perfectamente a cada músculo; hubiese querido aferrarlo de la cintura y meter las manos por debajo de ella para tocar su pecho. Probó a pasar de largo para subir por la cocina, pero éste se lo impidió sujetándola por la muñeca.

—Tenemos que hablar.

Ella miró su agarre y le dispensó un gesto de repudio, al tiempo que le lanzaba palabras afiladas y faltas de afecto.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Lo único que tenemos que hacer es callarnos y disimular por este fin de semana. Mi madre ha esperado veinticuatro años para dejar entrar a alguien en su corazón y, aunque tú no merezcas mi silencio, no diré la clase de basura que eres; lo haré por su felicidad. Por suerte no somos niños que estemos obligados a convivir porque sus padres se han unido; somos adultos y nadie nos impondrá que nos tratemos. Sólo espero que, en esta situación, no sea aplicable el refrán «de tal palo, tal astilla», porque entonces, conociendo lo que tú eres, no me gustaría comprobar que ése es un rasgo en tu personalidad que has heredado de tu padre; espero realmente que él no sea como tú y no haga sufrir a mi madre.